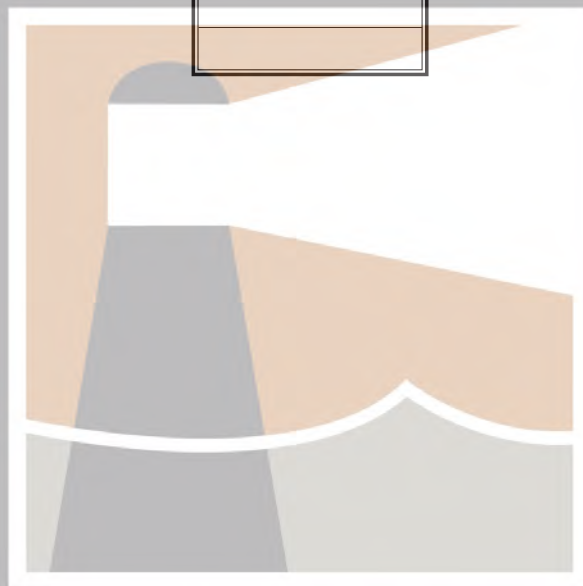


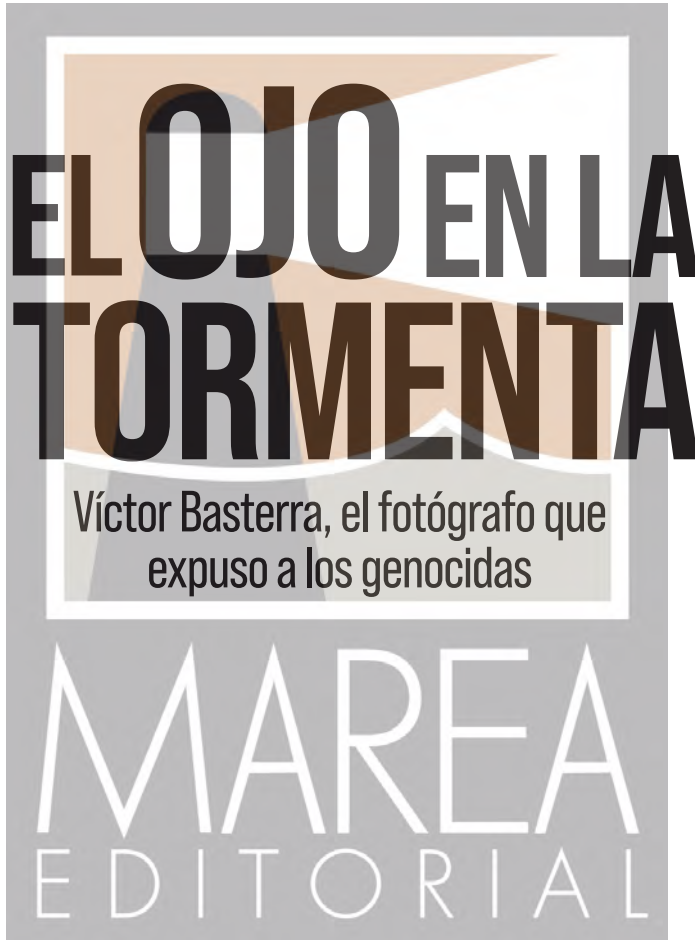


EX LIBRIS



MAREA
EDITORIAL

Pablo Corso



Corso, Pablo

El ojo en la tormenta : Víctor Bastera, el fotógrafo que expuso a los genocidas /

Pablo Corso. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2026.

328 p. ; 24 x 16 cm. - (Historia urgente / Constanza Brunet ; 125)

ISBN 978-987-823-106-8

1. Derechos Humanos. 2. Crónica Periodística. 3. Desaparecidos. I. Título.

CDD 361.614

Dirección editorial: Constanza Brunet

Edición: Daniel Capalbo

Coordinación editorial: Florencia Acher

Corrección: Silvana Franzetti

Comunicación: Verónica Abdala

Asistencia editorial: Julieta Rojas

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Tapa: fotografía de Jorge Sánchez

Contratapa: fotografías rescatadas de la ESMA por Víctor Bastera

© 2026 Pablo Corso

© 2026 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 - Ciudad de Buenos Aires - Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

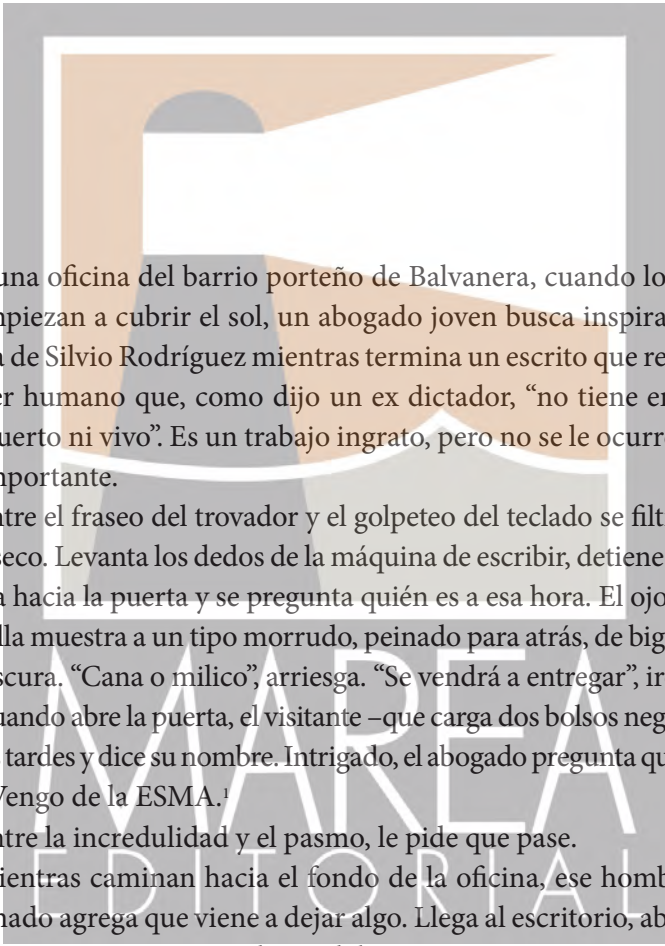
marea@editorialmarea.com.ar | www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-106-8

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.



En una oficina del barrio porteño de Balvanera, cuando los edificios empiezan a cubrir el sol, un abogado joven busca inspiración en la música de Silvio Rodríguez mientras termina un escrito que reclama por otro ser humano que, como dijo un ex dictador, “no tiene entidad, no está muerto ni vivo”. Es un trabajo ingrato, pero no se le ocurre ninguno más importante.

Entre el fraseo del trovador y el golpeteo del teclado se filtra un timbrazo seco. Levanta los dedos de la máquina de escribir, detiene la música, camina hacia la puerta y se pregunta quién es a esa hora. El ojo de pez de la mirilla muestra a un tipo morrudo, peinado para atrás, de bigote y campera oscura. “Cana o milico”, arriesga. “Se vendrá a entregar”, ironiza.

Cuando abre la puerta, el visitante –que carga dos bolsos negros– da las buenas tardes y dice su nombre. Intrigado, el abogado pregunta qué necesita.

–Vengo de la ESMA.¹

Entre la incredulidad y el pasmo, le pide que pase.

Mientras caminan hacia el fondo de la oficina, ese hombre serio y tensionado agrega que viene a dejar algo. Llega al escritorio, abre los bolsos y los vacía en una cascada caudalosa.

A medida que sobrevuela el material con los ojos y con los dedos, el abogado piensa en metáforas: diamantes y lingotes, la olla dorada al final del arcoíris.

¹ Escuela de Mecánica de la Armada.

Son fotos, listas y planillas que –hasta donde puede ver, hasta donde puede proyectar– configuran la mayor prueba documental del genocidio que acaba de terminar.

Cuando se repone del impacto, con la garganta atorada, solo atina a preguntar:

–¿Y usted cómo consiguió esto?

En otoño de 1981, el prisionero lleva más de un año fotografiando a sus captores. Fabrica documentos falsos y les regala una nueva identidad. Lo hace como un autómatasumiso, como el firmante de un pacto extorsivo: la esclavitud a cambio de la vida.

–Tengo frente a mí al tipo que me torturó. Tengo frente a mí al tipo que se quedó con mi casa.

Eso rumia cuando dispara.

Hasta que un día, mientras carga el negativo en el carrete, se pregunta qué pasaría si revelara una copia más, si empezara a construir su propio archivo.

Un impulso inesperado, pero un impulso que no lo abandona.

Entonces se decide. Ya no hay compañeros que arriesgar, ya no hay delaciones que temer.

Entra al laboratorio del Casino de Oficiales, epicentro represivo de la ESMA. Abre un cajón y elige tres fotos. Se baja el pantalón y el calzoncillo; se las pega con cinta entre el pene y los testículos. Vuelve a vestirse. Inhala, exhala y abandona el refugio.

Sabe lo que pasará si lo descubren. No quiere imaginar lo que le harán a su mujer y a su hija.

Sube las escaleras con un bolso al hombro. No necesita la ropa, pero quizá ayude a despistar. Saluda a los vigiladores y baja por la explanada de asfalto.

Mientras pasa junto a los centinelas con ametralladoras, el sudor frío le humedece la mejilla. En la casilla de guardia ensaya un saludo distendido. Le revisan los bolsillos, le abren el bolso. Lo miran por última vez y le dicen que avance.

Al pisar Avenida del Libertador –su distinción de clase, su placidez sabatina– siente un vértigo arrasador. Camina hasta la parada y espera con un nudo en el estómago. Se acomoda en el asiento y se pierde en el paisaje urbano.

Cuando llega a casa, lo envuelve una nube de agitación. Besa a la compañera que aguanta desde afuera y a la beba que crece sin su padre. En el baño se baja los pantalones y vuelve a tocar las fotos como para comprobar su estatus de realidad. Los protagonistas siguen ahí: soberbios, esquivos, sobrados.

Es hora de iniciar la venganza. Ya habrá tiempo para la justicia.

Se llama Víctor Basterra y nació el mismo mes del mismo año en que Jorge Luis Borges postuló que “cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es”.²

El abogado está exultante. Al fin puede contrastar los datos recabados en las oficinas del Centro de Estudios Legales y Sociales, que patrocina causas sobre violaciones a los derechos humanos, con material llegado directamente desde un centro clandestino.

A la velocidad de la luz, cruza los retratos de los represores con testimonios de sobrevivientes, las fotos de los desaparecidos con descripciones de sus familias, las planillas de bajas con la información que los militares sueltan con cuentagotas. Si el rompecabezas tiene cien piezas, aquel hombre trajo noventa.

Cuando toma del escritorio el retrato de un prisionero de pulóver negro, tieso y de mirada fría, con su sombra derramándose como una mancha de Rorschach, vuelve a quedarse sin palabras, hasta que suelta una pregunta retórica.

—¿Este es usted?

En invierno de 1979 el prisionero es un recién llegado, pero ya oyó las historias sobre personas que caen al río desde las alturas. Cree que lo espera ese destino cuando un suboficial macizo y desmesurado le da una trompada y lo obliga a sumarse a la hilera de encapuchados que, tomados del hombro para no tropezar, bajan las escaleras como un convoy de almas en pena. Tienen esposas en las manos y grilletes en los pies, que golpean los escalones con un tintineo agudo.

En el sótano, el guardia empieza a llamarlos por sus números.

² Jorge Luis Borges: “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)”, *Revista Sur*, 1944.

Basterra escucha una secuencia repetida: pasos, silencio y un clic.

Avanza hasta que le dicen basta, se detiene y le quitan la capucha. Cegado y aturdido, entrecierra los ojos para aclimatarsé a la luz, pero el fotógrafo no le da tiempo: el *flash* va directo a la cara.

Mientras se pregunta si todavía tiene alguna chance, se filtra un alarido salvaje desde una sala contigua. Vuelve a verse atado y sangrante en la cama de metal, después de veintidós horas de castigo, de escuchar la peor amenaza que puede recibir un padre.

Le ordenan que gire a su derecha. Un segundo disparo, un segundo destello. Ahora se ve en “Capucha”, el atillo del Casino de Oficiales, donde los prisioneros atraviesan un limbo que no se parece a la vida, pero que todavía no es la muerte. Con los primeros rayos de sol, un zorzal empieza a cantar una melodía impetuosa. Es su punto de fuga. Como tocarle la mano a un compañero lastimado, como enamorarse de una compañera desconocida.

Vuelven a calzarle la capucha y le ordenan que circule. Mientras sube la escalera, su mente vuelve a la cama de tortura. Acaba de confesar algo sobre una revista, una cita, unos compañeros. Cuando lo dejan ir al baño, en el espejo hay un hombre esposado y roto, con ganas de matarse.

Tres décadas después, sigue encerrado en su cabeza. Vive en una cueva oscura, blindada y con las persianas bajas, rebotante de papeles en el piso, en la mesa y en la cama. Nombres, datos, direcciones. Pistas para encontrar a los que no lo dejan dormir.

Las imágenes de las pesadillas son difusas, pero las sensaciones intensas: que es un extranjero, que cae en un pozo sin fondo, que no puede salvar a nadie. Por unos segundos, los protagonistas ganan definición –una nariz aguileña, unos ojos claros, una boca apretada– hasta que vuelven a su estado gaseoso, apenas un espejismo.

A la mañana escribe:

Fantasmas que persisten en mi vida, como si vieran la luz. Pasos, risas, voces. A veces también me siento como un fantasma, que recorre las calles solitario e incomprendido.

A veces le dicen héroe, a veces le dicen traidor.

Siempre vuelve a aquel día en la ESMA. Sus amigos están desahuciados y temerosos. Quieren saber qué sabe. Quieren saber qué va a pasar.

El guardia avisa que ya no hay tiempo.

Se abrazan como nunca. Antes de perderlo de vista, uno de ellos –el más querido– suelta un pedido que lo atraviesa como una flecha:

–Negro, si zafás de esta, que no se la lleven de arriba.



El huérfano

Al final de un pasillo estrecho, sumergido en una exhalación caleidoscópica de malvones, a Víctor Bastera lo espera la muerte. Es la primavera de 1945, tiene apenas diez meses y acaba de quedarse huérfano. La imagen de su padre Justo en el ataúd es demasiado para Aída, la esposa, que se desvanece entre los dolientes.

Treinta y siete años antes, Justo Bastera –de tres– bajaba de un barco junto a su madre Remedios Arroniz (a quien la leyenda familiar situaba como descendiente de un juez de la Inquisición), ansiosa por reencontrar al marido, el vasco Melchor Bastera, punta de lanza del destino sudamericano.

Aquel niño crecería hasta convertirse en peón golondrina y obrero de la construcción; un hombre cerebral, un mediador capaz de deshacer cualquier pelea. Una tarde conoció a Aída Lucinda Aguirre, una morena cuyana breve y llamativa. La muerte precoz de los padres la había depositado en manos de una tía pudiente y abandonica, que no se preocupó por llevarla a la escuela; aprendió a leer y a escribir por su cuenta. A los 12 años recaló en la casa de un matrimonio porteño vinculado a la Aeronáutica, que la cobijó como niñera.

El flechazo fue en una plaza de Flores, donde se reunían las chicas que trabajaban en casas de familia. Una foto de aquellos años la muestra telúrica y extasiada, recostada sobre el pecho de aquel muchacho longilíneo y distinguido, con bigote estilo El Zorro. Se mudaron al pueblo bonaerense de Mariano Acosta para instalarse en la parte trasera de una iglesia. Ella limpiaba, él hacía tareas de mantenimiento.

En cuatro años tuvieron tres hijos: Elsa, Justo (h) y Víctor, en ese orden. Hay un recuerdo en movimiento: mientras su padre toca el acordeón, el menor va y viene sobre el césped, librándose del andador, aprendiendo a caminar solo.

Después de que el cáncer acabara con su esposo, Aída se mudó con los chicos a la pieza de una casa chorizo en Boedo, en la ciudad de Buenos Aires. Fue operaria en fábricas como Manuseda, Medias Carlitos y Namías, donde se volvió una especialista en manipular Vanlon, un hilado para ropa de calidad, suave hasta la exasperación, en entornos tan húmedos que le caía una llovizna constante. También limpiaba, lavaba y planchaba en casas particulares. Para sostener la rutina, empezó a tomar pastillas.

En una fecha especial, Elsa y Víctor le regalaron una tarjeta suave y texturada, con una rosa restallante en el centro y una carta de amor en su interior.

En la noche, cuando estoy acostado, pienso en nuestra querida madre, el ser más querido que tengo en la tierra. Ella me ha dado la vida y yo por ella mi vida doy, porque es la madrecita más buena que en el mundo existe [...] se ha acostumbrado desde que murió mi padre a andar con el tiempo justo, pues tenía que hacernos la comida y luego ir al trabajo. Sus manos son ásperas, arrugadas y callosas, y sin embargo son las más bellas del mundo; tienen belleza espiritual, son puras, santas, manos que si se movieron para darnos un castigo lo han hecho con toda razón y justicia [...] ¡Dios te bendiga madrecita mía!

La vida plebeya y la experiencia proletaria la hicieron devota de un sincretismo particular: cargaba una estampa de San Cayetano con una foto de Evita pegada en el reverso. Sus compañeras la arrastraban hasta los actos peronistas, pero la liturgia la escandalizaba. En secreto, seguía amando a los militares que la habían recibido en Capital.

Había escisiones más lacerantes. Sola y colapsada, decidió separar a los hijos, y separarse de ellos. Internó a Justo en el Patronato de la Infancia y a Elsa en el Español: una contención con rigor. Víctor volvería a Mariano Acosta, con su abuela Remedios y sus tíos paternos.

Una versión complementaria sugiere que los Bastera insistieron en quedarse con los tres, pero Aída solo cedió al más chico, presa de un

Gentileza: Sol Basterra



Tarjeta que Víctor y Elsa Basterra dedicaron a su madre, Aída Lucinda Aguirre.

Gentileza: Sol Basterra



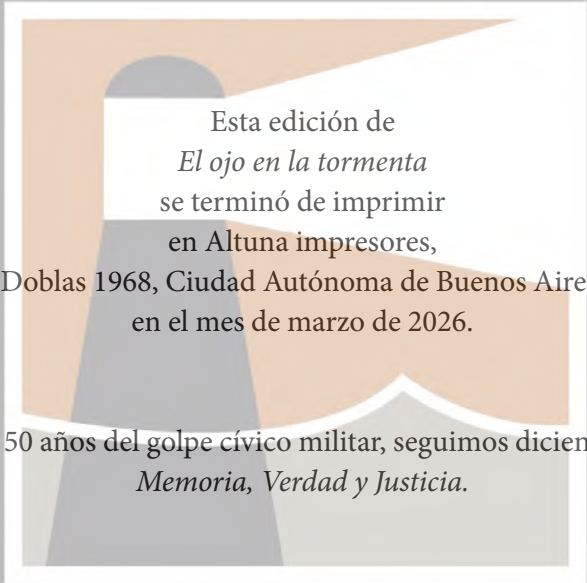
Carta en el interior de la tarjeta.

Índice

1. El huérfano	13
2. El rebelde	23
3. El militante	29
Las FAP	33
Laura	41
El Quinto Camino	45
Los proletarios	47
El golpe	53
Resistencia y contraofensiva	56
4. El prisionero	59
Los otros	65
Las citas y los blancos	69
El limbo	74
Los capuchas	75
La isla	77
El río dorado	82
La confesión	83
Las fiestas	85
El nuevo	89
La fábrica	96
El falsificador	96
Afuera	98
La visita	99
Un domingo soleado	100
El primer esbozo	104
La despedida	105

Una mancha atigrada	106
Policía bueno, policía malo	107
La consolidación	109
Las voces y los <i>flashes</i>	110
Operación pasaportes	112
Fuga y misterio	114
El suelo es lava	115
El otro	116
5. El infiltrado	117
Los derrotados	124
El <i>affaire</i> Haidar	129
<i>Flashes</i> y relámpagos	131
Síndrome de Estocolmo	132
La transición	136
Un archivo secreto	136
Los negativos	139
La dieta Scarsdale	142
La última cita	143
6. El sobreviviente	145
El morral y la carpeta	148
Los vengadores	148
Un alma errante	151
Anónimos y notables	153
7. El testigo	155
Las entrañas de la máquina	158
Sur	160
El contraataque	162
El aparecido	165
Comisarios y chacales	173
El código militar	178
Argentina, 1985	180
La declaración	183
Borges y el infinito	187
Vencedores vencidos	191
8. El solitario	197
Los cruzados	198

Libres otra vez	200
Un eco setentista	201
La implosión	204
Un caballero esquivo	207
Vista al río	210
El nombre del padre	215
Haritz y la resiliencia	216
En una playa junto al mar	219
9. El justiciero	221
El fisonomista	222
La cueva	227
Punto de fuga	229
Sobreviviendo	233
El archivo	235
Testigo calificado	238
El libro maldito	243
La música y el ruido	246
El camino del héroe	247
ESMA II	252
Días de radio	255
ESMA Unificada	256
Un castañito	260
La ruta de las fotos	265
Los pistoleros	271
De Auschwitz a Disney	272
Retroceder nunca	275
La voz del interior	282
Después	287
Basado en hechos reales	287
Los hombres de bronce	290
Parque jurásico	294
Antes del amanecer	302
Lo que se hereda no se roba	304
Agradecimientos	317
Índice onomástico	319



Esta edición de
El ojo en la tormenta
se terminó de imprimir
en Altuna impresores,
Doblas 1968, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de marzo de 2026.

A 50 años del golpe cívico militar, seguimos diciendo:
Memoria, Verdad y Justicia.

MAREA
EDITORIAL